

chaléco de raso negro, corbata sucarnada y sombrero de paja.

—¿Y sabe vd. si tenia algun enemigo?

—Uno solamente: Rossi.

—Es el mismo.

Dijo para sí Enrique; pero disimulando su sorpresa, y ahogando el dolor que sentia con el recuerdo del sangriento fin que habia tenido el hijo de aquel inconsolable anciano, añadió en alta voz.

—Pero si hubiera sucedido alguna desgracia, como la que vd. teme, no podria permanecer oculta tanto tiempo: un acontecimiento de esa naturaleza, pronto llega á saberse, por mas cuidado que sus autores tengan en ocultarlo.

Don Andrés iba á contestar; pero la llegada del médico puso fin á aquel diálogo, que empezaba á afectar de una manera demasiado profunda á los tres personajes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO II.

El herido.

Diez horas han trascurrido desde que Miguel, asistido con la mayor solicitud, y rodeado de toda su familia, se encuentra en su casa entregado á un dulce sueño, producido por el corto alimento que ha tomado despues de tantas horas de riguroso ayuno; tiene cerrados sus grandes ojos, y sus largas pestañas dibujan una línea oscura debajo de sus párpados: en sus mejillas nótese un apacible tinte, semejante al de la flor blanca cuando acaba de abrir su boton, revelando un gérmen de vida; y su mano derecha puesta sobre el pecho, como indicando el amor puro que debajo de ella existe.

Un hombre de venerable aspecto que está sentado junto al lecho, le cubre de vez en cuando, con la sábana que, con algun leve movimiento, desvía el herido: este hombre era su padre. A los piés de la cama est una mujer contemplándole de hito en hito; era su madre. De rodillas, junto al lecho, y como en oracion, se veía á una hermosa jóven, vestida con una bata blanca suelta, con el cabello en agradable desórden, que le caía sobre su espalda, pendiente de su respiracion y de sus mas leves movimientos; esta jóven era María: la hermosa que le amaba con todo su corazon.

Al lado de la cabecera, pero en el lugar contrario al que ocupaba el padre de Miguel, está un jóven, cuyos ojos se apartan un solo instante de la hermosa que está orando, para fijarlos un momento en el desdichado herido: este jóven es Enrique.

Los semblantes eran allí el idioma único que manifestaba el dolor de que estaban poseidos aquellos séres; porque las palabras estaban proscritas por la pesadumbre que sujetaba la lengua.

Miguel entreabrió los labios por la fuerza de algun dulce ensueño que le embargaba, y pronunció, con lánguida voz, por dos veces, este dulce nombre.

—¡Luisa!.... ¡Luisa!....

A estas palabras, dos semblantes se cubrieron allí de muy diferentes tintas. El de Enrique, á cuyas mejillas se asomó el mas subido carmin, y el de María que se cubrió de una palidez mortal.

Hay afecciones indefinibles dentro del corazon de los mortales, y estas afecciones vinieron á enseñorearse del alma de María; porque el alma de María amaba con todas las veras con que ama una vírgen que ama por primera vez, y la indiferencia, hácia este amor, de parte de la persona amada, la prensaba de tal manera el corazon, que apenas le permitia respirar.

—¡Se llama Luisa la mujer afortunada!— pensó para sí María:—debe ser muy hermosa para que merezca el amor de Miguel.

Y la tierna jóven contuvo los suspiros que se disputaban la salida para publicar la honda pena de su alma.

Profundo silencio volvió á reinar en la estancia; pero aquel silencio era mil veces mas elocuente que todas las palabras que encierra el idioma humano. Cada uno de aquellos personajes, sufría distintas penas, y no obstante su silencio, cada uno manifestaba en sus ojos y en su semblante, de una manera clara, los íntimos sentimientos de su corazón.

El ruido producido por los pasos de una persona que se acercaba, hizo que todos dirijieran la vista hácia la puerta, por la que á poco entró el médico.

Miguel abrió sus grandes ojos, y los fijó primero en María, que le correspondió con otra mirada llena de ternura y de amor.

—¡Gracias á Dios que he descansado!— Dijo Miguel.—¡Qué sueño tan dulce he tenido!.... ¡Ya se vé, hay aquí quien cuida tan tiernamente del pobre herido!....

Y extendió la mano hácia su prima que se sentía conmovida hasta la médula de sus huesos.

—No hay que hablar mucho—pronunció el médico con el interés de la amistad, acer-

cándose á Miguel y tomándole el pulso:— la conversacion seria perjudicial en un grado tan alto de debilidad.

—¿Cómo le encuentra vd?

Preguntó con maternal interés la mujer que estaba á los piés de la cama.

—Hay una notable mejoría.

Contestó el médico.

—¿Cómo no he de estar mejor, amigo mio, si los ángeles—dijo Miguel, señalando á María—se empeñan en retenerme en el mundo?

Dos lágrimas de ternura se asomaron á los ojos de María.

—Sea vd. obediente, señor enfermo—dijo el facultativo:—la conversacion le hace á vd. notable daño.

—Seré obediente.

El médico despues de haber recetado y de ordenar el sistema que se debia observar, se despidió hasta la hora destinada á la curacion de la herida.

Los padres de Miguel salieron de la pieza tras el facultativo para hacerle algunas preguntas con respecto al estado en que

encontraba á su hijo, quedando solos en la alcoba María, Enrique y el herido.

—¿No es verdad—dijo Miguel al verse sin el que le podia impedir hablar—no es verdad, Enrique, que es una felicidad estar herido, cuando hay una jóven hermosa que se interesa por nosotros, que no se aparta un solo instante de nuestro lado, que vela nuestro sueño como el ángel de nuestra guarda, y que embalsama la atmósfera que circunda el lecho del dolor con su dulce y delicado aliento? ¿No es verdad, amigo mio, que tú desearias estar en mi lugar, siendo el objeto de la ternura y atenciones que á mí me prodiga el sér mas puro y hechicero de la tierra? . . .

María bajó con rubor sus grandes y hermosos ojos, y Enrique guardó silencio.

—¿No respondes, Enrique?—prosiguió Miguel.—Al menos tú me has dicho mil veces, que es mi prima la mujer mas hechicera del mundo, y que con ella te considerarias el mas feliz de los hombres.

Estas palabras produjeron una sensacion indescribible en los que las escuchaban.

Enrique tembló como un niño, porque temia que su pasion, tan pura, ofendiera á aquella mujer á quien miraba como á un sér sobrenatural y digno solo del amor de un sér celestial; y María que guardaba hácia aquel hombre el mas tierno agradecimiento, sintió discurrir por sus venas un frio mortal y agradable á la vez, pero que la hubiera matado si no hubiese pasado tan súbitamente como habia venido. ¿Le amaba acaso ya? . . . No: las mujeres como María, solo aman una vez y para siempre. A Miguel habia entregado el corazon, y Miguel era el único hombre que ella podia amar.

No era Enrique de esos jóvenes que gustan de que, en los secretos del corazon haya un testigo, y por lo mismo se sentia avergonzado ante María, no porque supiese que la amaba, no, sino porque temia que llegase á sospechar que aquello era un plan combinado de antemano para declarar disimuladamente su amor. Dominado por ese sentimiento de noble delicadeza, y deseando por lo mismo, cortar una conversacion que podia molestar á la mujer que amaba, contestó:

—Si continúas desobedeciendo al médico, y te excedes en la conversacion, tendremos la pena de ver tardío tu restablecimiento.

Miguel, que conocia á fondo los nobles sentimientos de su amigo, comprendió lo que pasaba dentro de su corazon, y para no mortificarle mas, contestó:

—Tienes razon: soy un rebelde; pero desde este momento te prometo no hablar ni una sola palabra.

María miró el reloj, y viendo que ya era hora de darle el alimento, salió, y pocos momentos despues volvió á entrar.

Miguel tomó el ligero sustento, que consistia en un pozuelo de *atole* (1), que le trajo su tierna prima, y suplicando que le dispensaran porque necesitaba de un instante de reposo, se volvió de un lado, y se entregó á un profundo sueño.

Un largo espacio de tiempo permanecieron en silencio los que le asistian, hasta que Enrique lo rompió diciendo:

(1) Líquido hecho de maiz, que los médicos recetan en aquel país, aun á los enfermos mas débiles.

—Buen humor ha manifestado su primo de vd., señorita.

—Y yo le doy gracias á Dios, porque eso indica mejoría.

Contestó la jóven.

—Pero no le dará vd. gracias por las palabras que con respecto al cariño que profeso á vd., pronunció.

—Puedo asegurar á vd. que me es altamente satisfactorio merecer el aprecio de un hombre tan recomendable como vd.

—¿Y yo, señorita, podré contar con la amistad de vd?

—Nunca seré ingrata con el que tan marcado empeño ha manifestado en salvar la vida de mi amado primo.

Enrique se sintió inundado de un placer indecible, y no se atrevió á contestar.

María guardó silencio; y ambos se quedaron en esa situacion penosa, tan comun en los que se aman: situacion en que no se sabe cómo proseguir la conversacion.

De repente se levantó Enrique de su asiento, tomó el sombrero, y acercándose

á María para despedirse de ella, dejó caer sobre sus faldas una carta, diciendo:

—Hoy sabré si soy tan feliz como me lo han hecho vislumbrar esas últimas palabras de vd.

Y sin dar lugar á que contestara la jóven salió apresuradamente.

María se encontró perpleja, sin saber qué hacer con aquella carta que tenia sobre ella; pero reflexionando que ningun daño le podia sobrevenir de leerla, se resolvió á abrirla, y vió que estaba concebida en estos términos.

“Atrevimiento es solicitar el amor de una persona que, por su hermosura y virtudes, es muy superior á nosotros; pero este atrevimiento es disculpable, cuando en vez de contar con el corto mérito que tenemos, se atiende á la inmensa bondad de la persona amada. Yo amo á vd., María; y aunque conozco que este amor íntimo que profeso á vd., y el escaso mérito que pueda tener, son nada para aspirar á la ternura de ese corazón tan puro, la certeza que tengo de la benevolencia sin límites que caracteriza á vd., me presta valor para declararla una

pasion que hasta ahora era desconocida en mí, y que vd. que solamente ha podido inspirármela, tendrá poder para mitigarla si se digna admitirla y corresponderla.

“De la respuesta de vd. depende mi eterna desdicha ó mi felicidad futura.

“No olvide vd., María, que mis palabras son la expresion pura del sentimiento de mi alma, para que así su tierno corazón, dejándose llevar de su natural bondad, se ponga de parte de su rendido y fino adorador.
—*Enrique.*”

—¡Qué carta tan respetuosa! . . . —pensó María:—¡qué alma tan pura la de Enrique! . . . ¡Ah! . . . ¿por qué no le puedo amar? . . .

Y la infeliz se puso triste con este pensamiento; apoyó su frente sobre la mano derecha, cuyo brazo descansaba sobre el respaldo de la silla, y se quedó meditabunda, sosteniendo en los dos dedos de la mano izquierda el papel abierto.

Tan extasiada estaba en sus reflexiones, que no sintió el ruido que hizo Miguel al despertar, el cual, viéndola en aquella postura y con la carta en la mano, la dijo:

—¡María!....

La jóven se estremeció: dió un salto en la silla, y quiso guardar el papel; pero ya era tarde.

—¡Qué carta es esa, querida prima?

Preguntó Miguel.

—Nada, nada.

—Si es un secreto, no quiero que me lo confies, aunque, la verdad, nunca creí que tuvieras secretos para mí.

María amaba á Miguel y no podía hacer traicion á sus sentimientos: así es que, temiendo que pudiera creer que ella amaba á otro, contestó:

—Ni los tengo, ni los podré tener; y en prueba de ello quiero leerte este papel que acaba de poner en mis manos Enrique.

—¡Enrique?...—dijo Miguel con ternura—me alegro: ¡es tan noble su corazón!... véamos qué dice.

Entonces María leyó la carta en voz muy alta y despacio.

—¡Pobre amigo mio!....—exclamó Miguel—esa timidez y esa desconfianza, le

hacen aún mas recomendable. ¡Y tú qué piensas decirle?

—¡Qué te parece á ti que debo contarle?

—Que le amas.

María exhaló un profundo suspiro: amaba demasiado á Miguel para que aquella respuesta no la atormentara: ella hubiera querido, y pensó, que su primo manifestara pena, sentimiento de que amara á otro, y en lugar de esto, solo vió en él fria indiferencia.

—¡No piensas tú lo mismo que yo?

Prosiguió Miguel, notando la tristeza de su amada prima, pero sin comprender el origen de ella.

—No, Miguel.

—¡Cómo!....—exclamó éste sorprendido—¿tendrás crueldad para despreciar al hombre que te ama tanto?

—¡Miguel—contestó María fijando en su primo sus lindos ojos—¿podrás tú amar nunca á otra mujer que no fuese aquella á quien una vez diste tu corazón?

—No: jamas.

Esta respuesta heló á la desdichada jóven, porque conoció que ni una esperanza le quedaba de ser amada del hombre cuyo corazon pertenecia ya á otra mujer: á Luisa cuyo nombre habia pronunciado entre sueños.

—Pues eso me sucede á mí....

Respondió María con un reado dolor.

—¿Amas, prima mia?... ¿Y me lo has ocultado?... ¿Y quién es el que ha podido interesar ese corazon tan puro?....

—Ese es un secreto.

—Hace un instante me dijiste que no tenias secretos para mí.

—¡Es verdad!....—dijo María con amargura.—Y sin embargo, hay uno que llevaré conmigo á la tumba.

—¿Luego amas sin ser correspondida?... ¡Pobre María, te compadezco!.... ¡te compadezco!.... sí; porque eso es mas cruel que la misma muerte!

—¿Es verdad que es muy cruel!....

—Yo, yo lo sé, Maria, y te compadezco.

La llegada de la madre de Miguel, puso fin á aquel diálogo que desgarraba el corazon de la desgraciada huérfana.

CAPITULO III.

Preparativos de boda.

Algun tiempo despues de haber tenido lugar las escenas del capítulo anterior, se disponian los esponsales que debian prece der al dulce enlace de dos séres que se amaban con toda el alma.

Tres personas, íntimamente interesadas en que se llevara á cabo aquella respetable ceremonia, se encontraban reunidas en una salita decentemente adornada, esperando con impaciencia la llegada del sacerdote y los testigos, por los cuales habian ido ya dos coches, uno de alquiler y otro particular.

Junto á la sala, en una risueña, clara y alegre pieza con vista á un pequeño huerto